

# Cosechadora universal

JOHN DARNIELLE



Traducción de Javier Calvo





# **Cosechadora universal**

**John Darnielle**

**Traducción de Javier Calvo**



# ÍNDICE

PRIMERA PARTE

15

SEGUNDA PARTE

135

TERCERA PARTE

201

CUARTA PARTE

239







Pero los agentes secretos, igual que Dios, solo mandan señales a sus confidentes. También pueden ser muy crueles, e incluso desdichados. En cualquier caso, guardan silencio.

BENJAMIN TAMMUZ, *Minotauro*



## PRIMERA PARTE



La gente no solía decir nada cuando devolvía las cintas al Video Hut: con un solo movimiento no carente de elegancia, se acercaban al mostrador, le pasaban las cintas a quien estuviera trabajando detrás de la caja registradora y daban media vuelta hacia la puerta. A veces saludaban en silencio con la cabeza o enarcaban un poco las cejas para asegurarse de que los habían visto. Con unas pocas variaciones, aquel baile silencioso había sido durante prácticamente dos décadas el protocolo no escrito en los videoclubes de América. Algunas tiendas tenían ranuras en el mostrador que daban a una cuba de gran tamaño, pero Nevada era un pueblo pequeño. Bastaba con un poco de espacio despejado a un lado del mostrador.

Hoy Bob Pietsch estaba alquilando *Caza mayor avanzada* y *Grandes momentos de la pesca de la lubina. Volumen 4*; esperaba de pie frente al mostrador, paciente, semimonolítico. De vez en cuando pasaba por el Video Hut cuando volvía a casa de la cooperativa; las cintas que alquilaba las tenía en casa una semana. Detrás de Bob

esperaba Stephanie Parsons; Jeremy la podía ver allí. Se la veía un poco nerviosa, pero no había gran cosa que él pudiera hacer al respecto.

Bob vivía la mayor parte del año solo en una granja situada en una propiedad que tenía en las afueras de Collins. Si seguía cazando o pescando, no era con nadie a quien hubiera conocido cuando vivía en el pueblo: nadie sabía realmente qué hacía Bob con su tiempo. Había quien tenía la esperanza de que se volviera a casar. Pero tras la muerte de su mujer se había vendido la casa familiar, y la de los Collins quedaba muy lejos de todo. No se le presentaban muchas oportunidades para conocer a gente. Últimamente, cuando conversaba con alguien, hablaba como un granjero en una subasta que está esperando a que empiece la puja.

—Esta está muy bien —dijo, dando unos golpecitos en *Grandes momentos de la pesca de la lubina. Volumen 4*—. Pican tantas lubinas que tienen que volver a tirar al agua la mitad.

—¿Has ido alguna vez a Hickory Grove? —le preguntó Jeremy. Había vivido toda su vida en Iowa y los hombres de su familia siempre hablaban de pesca.

—Antes iba todo el tiempo —dijo Bob—. Subíamos allí para pescar mojarra en invierno.

—Ajá —le dijo Jeremy. Y siguieron un minuto más en aquella línea. Por fin Bob se sacó el carnet de socio del Video Hut de detrás del permiso de conducir y firmó el recibo. Tenía uno de los carnets antiguos, plastificados; ya se le habían puesto los bordes amarillos. Llegado aquel

punto, los carnets de socio eran casi un formalismo, pero aun así Jeremy le dejó que lo enseñara.

Stephanie esperó a que Bob se alejara lentamente por entre los estantes y a que saliera por la puerta antes de acercarse a Jeremy. En lugar de dejar su cinta en el mostrador, se la quedó en la mano, sosteniéndola a la altura del pecho, un poco alejada del cuerpo.

—A esta le pasa algo —dijo.

Jeremy cogió la videocasete; la reconoció. Había rodeado aquel título con un círculo durante la rotación del catálogo de la distribuidora, hacía un año. Todo el mundo que atendía el mostrador participaba en los pedidos; Sarah Jane, la dueña, había implantado aquel sistema tras heredar el videoclub del propietario anterior. En privado se enorgullecía de ello. De joven había trabajado muchos años atendiendo al público.

—Ah, sí —dijo Jeremy, girándose hacia los estantes que tenía detrás, varios centenares de cintas de vídeo en sus estuches de color claro y unas pocas docenas en estuches de color rosa traslúcido; las películas de porno blando que no alquilaba casi nadie—. Lo siento. En el catálogo tenía muy buena pinta, pero es muy antigua, ¿verdad? —Se llamaba *El héroe anda suelto* y en ella salía Boris Karloff.

Stephanie miró a Jeremy con expresión neutra, evaluándolo, y dijo:

—No, la película está muy bien. Ya la había visto, en la universidad. —Stephanie había hecho un máster de educación por la Universidad de Chicago y lo mencionaba

siempre que tenía oportunidad—. Hablo de la cinta. Tiene algo grabado encima.

—Te puedo añadir crédito a tu cuenta.

Stephanie volvió a poner la cara evaluadora y pareció decidir que Jeremy no lo iba a entender.

—No hace falta —dijo—. No importa. Pero quizás coméntaselo a Sarah Jane, ¿vale?

—Claro —dijo Jeremy. Se sintió tonto. No era tonto, pero Stephanie lo intimidaba y no sabía cómo hablar con ella. Mientras devolvía la carátula al expositor, se dijo a sí mismo que necesitaba acordarse de aquello, pero por la noche el videoclub lo cerró él y no vio a Sarah Jane hasta el lunes, y para entonces ya se había olvidado.

Steve Heldt estaba volviendo a acoplar una canaleta de agua de lluvia al tejadillo de la entrada cuando Jeremy llegó a casa ya de noche. Tenía encendido el foco que iluminaba el costado del garaje. Bajo su resplandor, el aliento formaba unas nubes enormes.

Jeremy aparcó frente a la casa y salió del coche.

—Espera a la mañana, ¿no? —dijo. Le salió una voz extrañamente solitaria, singular en medio del frío de febrero. Su padre estaba subido a la escalera con las botas puestas, modificando continuamente sus puntos de apoyo mientras trabajaba.

—Hoy no, grandullón —dijo Steve. Había llamado «grandullón» a Jeremy desde el día en que su hijo le había ayudado a cambiar un neumático a los ocho años—. Va

a nevar toda la noche. Si después de mediodía sube la temperatura, este armatoste se caerá entero.

La canaleta no se iba a caer entera por mucho que esperaran a que se hiciera de día para arreglarla: lo sabía Steve y lo sabía Jeremy. Pero los dos sabían también que en invierno debían mantenerse ocupados si podían. La madre de Jeremy se había estrellado contra un poste telefónico de la recién construida Autopista 30 bajo la nieve, hacía seis años, en 1994. Jeremy tenía dieciséis.

Ahora se volvió a poner los guantes y aguantó la escalera mientras su padre clavaba los clavos. No había mucho viento, apenas una brisa suave que removía la nieve a sus pies.

—¿Has llegado tarde a casa? —preguntó.

—No —dijo Steve—. Simplemente no se me ha ocurrido hasta que ya había oscurecido. He visto el parte meteorológico. —Y ya no quedó mucho más que decir; los golpes sordos del martillo se convirtieron en el único ruido que se oía en el vecindario además del crujido esporádico de las ramas.

Más tarde vieron *Operación Reno*; Jeremy traía estrenos cuando le parecía que le podían gustar a su padre. Pelis de espías. A veces de policías. Empezaron tarde por culpa de la canaleta del tejado; ya era pasada la medianoche cuando se terminó la película.

A los dos les resultó confusa *Operación Reno* y se distrajeron mientras la veían. Durante las partes más lentas

se dedicaron a hablar. Y al terminar intentaron responderse mutuamente las dudas que les había generado, pero no lo consiguieron. Luego su padre se puso a hablarle de trabajo:

—Aquí en el pueblo tenemos laboratorios de tierra, laboratorios de agua... —dijo.

—Papá —lo interrumpió Jeremy—. Ya tengo trabajo.

—Claro. Pero no es gran cosa, ya sabes.

—Ya lo sé. —Cogió el mando a distancia y pulsó el botón de REBOBINAR—. Tienes razón. No sé.

—En fin, he visto ofertas de trabajo.

—Estaba pensando en matricularme el semestre próximo en el Des Moines Area Community College.

—Eso ya lo dijiste el año anterior.

El reproductor de vídeo expulsó automáticamente la cinta y Jeremy la volvió a guardar en el estuche.

—Ya lo sé —dijo—. Tienes razón.

En algunas versiones de esta historia, al llegar este momento se enzarzan en una discusión, porque Jeremy cree que su padre se está entrometiendo en sus asuntos y también porque le da vergüenza tener veintidós años y no haber hecho todavía nada en la vida. Siempre que alguien se lo recuerda, le sale el resentimiento. En esas variaciones de la historia, Jeremy le pide a su padre que le dé un poco de espacio para respirar. Y Steve Heldt, que es un buen padre y comparte con su hijo una pérdida devastadora, se dice a sí mismo: *Apártate del camino de tu hijo; si le dejas, ya encontrará su camino*. En otras versiones de la historia, Jeremy pasa un par de horas despierto, quizás

viendo otra película que ha traído a casa pero incapaz de concentrarse en ella, y por la mañana le dice a su padre que le apunte algunas de esas ofertas de trabajo que ha visto. Termina consiguiendo un puesto en un laboratorio de análisis de suelos de Newton y más adelante obtiene el traslado a un laboratorio más grande de su Nevada natal.

En esta versión que estáis leyendo se queda trabajando en el Video Hut, y entonces pasa algo.